

PRÓLOGO

Este texto de David Noriega es un testimonio valiente que refleja el itinerario de tres años intensos de su vida que lo llevan a titularlo *“Mi cáncer”*. Comienza con una decisión, narrar una etapa muy difícil de su vida y termina con una convicción y un compromiso. Convicción de una vida renovada, David nos habla de un “volver a nacer” denso, cargado de espiritualidad, de haber sentido a Dios junto a él, sufriendo con sus sufrimientos, sintiéndolo cercano en sus miedos y angustias; una vida distinta que le moviliza deseos de “gritar que eres alguien nuevo”. Compromiso de cumplir una misión, un que hacer frente a esta enfermedad expresado en procurar advertir, persuadir, convencer que es posible ganarle al cáncer con decisiones y prácticas preventivas.

Este esfuerzo narrativo de David recoge una memoria existencial en la cual hay rostros muy concretos, hay sentimientos y preguntas. Es narración honesta consigo mismo y con sus afectos más profundos. De un amor familiar renovado y alimentado en el dolor y el miedo, el silencio y la presencia, el apoyo y la confianza. Por eso, toca fondo, en su verdad de la vida recibida, del amor comprometido, del realismo tenso de lo deseado y lo posible.

No me resulta fácil escribir este prólogo. La mañana que vino David a pedírmelo, fue al día siguiente de haberme hecho una Tomografía y tener entre manos el resultado de

mi último Marcador tumoral bastante preocupante que cambiará mi tratamiento. Estoy hablando también desde mi cáncer en el páncreas y en el hígado, compartiendo con David y tantos y tantas personas el miedo y la angustia, la interrogante y la confianza, la aceptación y la lucha. De sentir el cariño entrañable de mi familia, de mis hermanos jesuitas, de amigos y amigas que me acompañan y sostienen con su afecto, su apoyo, su preocupación y oración. Hablo desde una fe profunda que hace sentirme, más que nunca, en las manos de Dios; una fe que llena de sentido mi vida, la fortalece, la anima a luchar y sonreír, la convierte en esperanza, una fe que hace fecundo y solidario el sufrimiento.

Estoy hablando del *cáncer* como hecho y como posibilidad de unirnos más a Dios y a los demás. Creo, como dice David, que “cuando uno tiene esta enfermedad metida en el cuerpo y en el espíritu, la vida te cambia totalmente”. Cambia la óptica, transforma el sentir. Una vida en clave de don y esfuerzo; entonces, es fiarse de los demás y de Alguien. Vida afirmada como fuerza y fragilidad, miedo y coraje, angustia y paz, soledad y presencia, porque ese Alguien es Dios mismo quien vive en nosotros la tensión de lo humano y lo divino. Su Espíritu nos habita para vivir renovados y comprometidos, liberados del miedo y del absurdo, no negando que es parte de nuestra condición humana sentirlo, nombrarlo, pero sin dejarnos paralizar por el temor o la pregunta, pues en esos “hijos que tenían en común la carne y la sangre, también Jesús las compartió, para poder destruir con su muerte al que tenía poder para matar, es decir, al Maligno, y librar a aquellos a quienes el temor a la muer-

te tenía esclavizados de por vida” (Hb. 2,14-15).

Me atrevo a resumir que David nos ofrece su libro como invocación a renovar nuestra espiritualidad y también nos invita a leer tres años de su vida como lección humilde de quien, por propia experiencia, propone un compromiso de prevención y cuidado, de responsabilidad con la vida propia y la de los demás.

Ubaldo Ramos Cisneros, SJ †